

pueblo del encrespado río. Era un río que, turbio y silencioso, estendía su corriente por la cortada llanura, y bramando se estrellaba en descarnadas peñas. Había un puente ya viejo y carcomido por la inclemencia de los años: récios vendabales y espantosas crecientes habían arrastrado sus débiles estribos, y las lluvias de cien inviernos, resbalando por su desmantelado pavimento, habían gastado en su continuo lamer sus orillas indefensas: tan solo existía ya un estrecho camino donde crecía la yerba sin miedo de ser hollada, y ya no le cruzaba nadie mas que la viajera golondrina, la torcaz paloma ó la garza silvestre; y mas de una vez, al posarse en las orillas peligrosas, enturbiaron las aguas las desprendidas piedras, y espantada el ave de la ribera, refugiábase en las nubes.

En medio de aquella soledad, de aquel silencio, parecíame oír la voz de mi madre, que me decía:

—«¡Hija mia! ¡Hija mia! ¡Vuelve, que la noche es negra como tus cabellos, y fria como la muerte! ¡Vuelve! ¿Por qué quieres ir tan lejos y sola? ¡Vuelve, luz de mis ojos!»

Parecíame oír tus pasos tras de mí, y en medio de las densas tinieblas y el cierzo helado seguirme bañado su rostro con el llanto, y ahogado su corazón con los suspiros.

Yo, jóven y ligera, y aguzada además por el amor, apenas marcaba en el blando suelo mi breve pié.

«¡Oh, niña mia! decía la voz de mi madre; ¡cuántos dolores, cuántos azares punzan mi corazón! ¡Vuelve, María de mi alma! Vuelve á tu hogar, y mañana con el sol iremos juntas en su busca. Si por una fatalidad peticieras en tan aciaga noche, ¿qué sería de tu pobre madre? ¡Moriría de dolor!»

Pero yo nada escuchaba, y allá, en mi febril imaginación, creía contestarla: «¡Madre mia! ¡Vuestros acentos despedazan mi alma! ¡El fuego del corazón quema mi frente! ¡Necesito encontrarle, necesito verle, necesito hablarle!»

Y aceleró mis pasos: un viento fugitivo arrolla las sombras, y la luna derrama una triste mirada que interrumpe un negro nubarrón. Me paro, y las brisas juegan con mis despendidas trenzas, y mis manos oprimen mi calenturienta sien, y un ge-

mido se escapa de mi pecho. ¡Ah! ¡ Los acentos de mi madre desgarraban mi corazón!

— «Yo no puedo seguirte, decía: mis pasos son pesados, la maleza se opone á mi carrera, y los guijarros despedazan mis piés.»

¡No lo encuentro, madre! ¡Dejadme ir!

Y mas veloz que la gacela fugitiva, me lanzo sobre el peligroso puente. El eco repetía las voces de mi madre, cuando un nuevo acento llega á mis oídos: detengo mi carrera, y apenas respiro, mi pié está como en el aire, y me veo suspendida entre un abismo y la inmensidad.

¡María! ¡María! repitió una voz adorada.

Era él, y en seguida partí como un rayo: mas ¡ay! bajo mi ligero pié, la orilla se deshace, resbalo, no encuentro á donde asirme, y las ondas rugieron al recibirme.

Desde aquel momento nada supe, hasta que me ví en brazos de mi padre adoptivo y un religioso, con túnica y escapulario blanco, un largo y ancho cíngulo pendía de su cintura; cubren sus hombros una negra esclavina recortada, á quien acompañaba un lego, cuyo traje era igual, escepto que este último no usaba cerquillo. Lo demás ya lo sabes, estuve en cama unos días, y hasta los facultativos desesperaron de mi curacion; pero Dios quiso alejar de mí el ángel de la muerte, sin duda por reservarme días venturosos cerca del capitán, porque has de saber que él mismo fué quien se arrojó al río apenas oyó el ruido que mi cuerpo produjo al caer en el agua. ¡Cuántas veces me lo ha dicho despues! Momentos hubo en que creyó no poder salvarme, y resolvía morir conmigo.

Ahora, bien; dime, Luisa mia, ¿tengo ó no motivos para querer á ese hombre? Y ¿serás justa cuando dices que nada le debo?

— Veo, dijo Luisa, que tienes sobradas razones para quererle, para idolatrarle siempre que él sepa corresponder á tu amor.

— Le corresponde de un modo que no puedes comprender, y acaso no tarde veinticuatro horas en pedir mi mano á tu padre.

— Golpe fatal para él, y sobre todo para mí, repuso Luisa;

pero confio en que despues de casada nos veremos con frecuencia.

—Y nos amaremos tanto como ahora, dijo María, estrechando fuertemente en sus brazos á Luisa. Percibo el alivio de mi corazon desde que te he confiado el secreto de mi amor. Triunfastes, mi querida Luisa, triunfastes, puesto que has logrado hacer salir de mi pecho una historia que, tal vez, sin esta ocasion, hubiera muerto dentro de él.

—Pero ahora que recuerdo, ¿sabes que ya no es tiempo de ir á la iglesia?

—No importa: marchemos de todos modos; conviene que allí nos vean, y dirigiéndose á la puerta tomaron ambas hermanas el camino de la plaza donde está situada la iglesia.

Dejémoslas que lleguen y se postren ante el altar; dejémoslas reunirse con Casilda y con Gaspar, que tiempo tendremos de enterar á nuestros lectores de lo que pudieron ver en aquel corto camino.

The first part of the history of the world is the history of the human race. It is a history of progress and of struggle. It is a history of the triumph of the human mind over the forces of nature and of the forces of evil. It is a history of the growth of the human spirit and of the development of the human soul. It is a history of the search for truth and of the quest for wisdom. It is a history of the pursuit of happiness and of the desire for perfection. It is a history of the human condition and of the human experience. It is a history of the human race and of the human world.

The second part of the history of the world is the history of the human mind. It is a history of the development of the human intellect and of the growth of the human imagination. It is a history of the discovery of truth and of the invention of knowledge. It is a history of the search for wisdom and of the quest for understanding. It is a history of the human mind and of the human world.

The third part of the history of the world is the history of the human soul. It is a history of the development of the human spirit and of the growth of the human conscience. It is a history of the search for truth and of the quest for wisdom. It is a history of the human soul and of the human world.

The fourth part of the history of the world is the history of the human world. It is a history of the development of the human civilization and of the growth of the human culture. It is a history of the search for truth and of the quest for wisdom. It is a history of the human world and of the human world.

XV.

EL DESCANSO.

En una de las escursiones de caza que hacia D. Diego de Mendoza, y sintiéndose algun tanto fatigado, se aproximó, no lejos del Quéjigar, á una casucha que de lejos habia dividido; allí esperaban descansar sus maltratados miembros y tomar un ligero refrigerio. Aquella casucha, que de lejos parecia cualquier cosa, era vista de cerca una bonita y coquetona estancia, pues no negamos el coquetismo á las cosas inanimadas siempre que puedan ser dirigidas por la mano del hombre.

Era una casa de reciente construccion, con lo cual se comprende que ostentaria cierto aspecto de limpieza agradable á la vista: sus paredes eran blancas; sus puertas y ventanas, pintadas de verde, la asemejaban á una casita de la pintoresca Suiza, y una parra, colocada á la parte exterior de su entrada, prestando sombra á un largo banco de piedra que se apoyaba en la pared, era, digámoslo así, el mas apropiado y elegante cornisamento que podia darse á tan risueño edificio. Acercóse don Diego; pero hasta el momento de hallarse encima no habia distinguido dos bultos que ocultaban con su ropaje una buena parte del citado banco. Eran dos frailes dominicos que, despues

de dar un buen paseo por aquellos alrededores, buscaron, como Mendoza, un sitio en que reposarse. El ventero era un hombre del todo original, pero no dotado de esa originalidad estúpida y desapacible que de nada sirve en este mundo, como no sea para estorbar á cada paso á sus semejantes; nada de eso, era un hombre original en el buen sentido de la palabra, es decir, un hombre que sabia un poco de todo, y aunque esta clase de hombres no profundizan por lo general ninguna materia, pudiéndose decir que las desfloran todas, son, sin embargo, muy útiles en sociedad y un grande auxiliar para sus semejantes.

Nacido de padres bien acomodados, recibió una educacion de lo mas esmerado que en aquellos tiempos se podia dar. Ruperto, pues tal era su nombre, mostró desde niño grandes disposiciones al estudio, y se dedicó, desde luego, á la carrera de la medicina; pero tuvo la desgracia de perder á sus padres mucho antes de haberla concluido, y la fatal ley de las quintas arrancó de sus manos los libros de estudio y de recreo para aprender el manejo de las armas. Militó como buen soldado; se batió como buen español, y la circunstancia de soldado, que para otro hubiera sido una fatalidad, fué para Ruperto un escalon mas que encumbrara su entendimiento, un motivo mas para ilustrarse; porque tomando parte en varias campañas visitó el Portugal, estuvo en Flandes y en Italia, y hecho prisionero fué conducido á Francia é Inglaterra, donde su imaginacion acabó de esplayarse. Mucho instruye la lectura, y no poco la aplicacion y el deseo de distinguirse de la masa comun de los hombres, pero nada mas instructivo que el ver naciones extranjeras; en este ejercicio el hombre se instruye á su pesar, porque de reflexion en reflexion, y estas se renuevan á cada instante, establece comparaciones, forma juicios, y adquiere tal copia de datos indestructibles ya en su memoria, que, á pesar suyo, llega un dia en que reconcentrado en sí mismo se apercibe de que sabe algo mas que sus asociados, que no abandonaron ni las costumbres de sus padres, ni el suelo natal. Su grande aficion á la lectura le hacia leer cuantos libros caian en sus manos, y aun en sus escursiones al extranjero visitaba de esprofeso las

bibliotecas públicas, con objeto de satisfacer tan laudable afición. No hubiera necesitado, ciertamente mas para llegar á ser con el tiempo uno de los hombres mas eminentes de su nacion, si hubiera tenido á su lado un hombre instruido que le hubiese aconsejado en la eleccion de los libros: pero como la afición á la lectura era en Ruperto, digámoslo así, un instinto salvaje y sin guia de ninguna especie, ni supo organizar sus estudios, ni menos sacar partido de ellos, viéndose, al cabo de sus años, reducido á la ocupacion de ventero, y gracias que la tal industria le proporcionaba lo bastanle para él y su familia. Ruperto sabia de botánica, y no le era del todo desconocida la ciencia de curar; entendia de música, tocaba varios instrumentos, hablaba tres idiomas, sabia pintar, poseia las matemáticas y entendia algo de leyes, así es que en todos aquellos contornos era considerado como un hombre universal; todos le estimaban cuando necesitaban de él; todos le consultaban, pero nada de esto le proporcionaba un cuarto.

Los frailes habian pedido dos vasos de agua y azúcar, y en el momento en que D. Diego se acercó á ellos, se hallaban paladeando el líquido bien hechor, y entre sorbo y sorbo proseguia uno su empezada narracion. Sentóse á su lado Mendoza, y comenzó á acariciar á su perro para mas disimular si escuchaba la conversacion de aquellos dos religiosos.

Decia uno de ellos:

—Nada mas tierno é interesante que la leyenda de San Roque, y el pueblo que siempre ve y juzga con justicia, ha conservado vivo el recuerdo de su perro, á pesar de todas las burlas é indecentes sarcasmos de la incredulidad.

San Roque nació en Montpellier, donde murió al regresar de una peregrinacion á Italia en 1320 ó 1324. Habíase detenido durante su viaje en Toscana, donde la peste causaba una mortandad horrible. Los médicos y las autoridades habian abandonado la ciudad huyendo del mortífero contagio, y faltando de esta suerte á sus mas sagrados deberes; pero San Roque, no escuchando sino la voz de la religion cristiana, permaneció en medio del cruel azote, y parecia multiplicarse por pres-

tar auxilio á tanto infeliz que lo reclamaba. Lejos de atemorizarse á la vista de aquel cuadro fatal, llevaba sus cuidados y sus exhortaciones evangélicas, con preferencia al chocil del pobre, donde era mucho mas temible el contagio.

En medio de aquella poblacion, diezmada por un mal mortífero, fulminador y desconocido, vivia un individuo, cuyo solo nombre horrorizaba á sus conciudadanos. Era un viejo usurero, cuya inmensa fortuna, era voz y fama que la habia hecho á costa del sudor del pobre. Toda su familia habia perecido víctima de la peste; su mujer, sus dos hijos y su hija, todos habian desaparecido. Los criados le habian abandonado. Quedábale fan solo un perro guardian, que durante el dia permanecia sujeto á una cadena, y por la noche le soltaba para que rondase la casa. El usurero era un viejo de ochenta años.

Apenas llegó á noticia de San Roque el abandono en que se hallaba aquel *infeliz millonario*, que sin socorros, sin parientes y sin amigos se moria rodeado de suntuosidad, acudió presuroso hácia él y le halló atravesado en la cama con el estertor de la muerte, sin poder articular una palabra, y pidiendo tan solo por señas que le diesen de beber.

El perro estaba echado á los piés del moribundo.

En cuanto los habitantes de aquella comarca supieron que el Santo, á quien llamaban *el Salvador*, se habia constituido en médico y asistente del viejo usurero, todas las muestras de respeto que hasta entonces le habian manifestado, se trocaron en maldiciones y vituperios.

Tomó parte en la cuestion la supersticion italiana, y levantándose todo el pueblo en masa, comenzaron á decir, á grito herido, que aquel extranjero les habia traído la peste, que era un mago, un forjador de sortilegios; y finalmente, un digno colega de Satanás, que se acercaba al lecho del moribundo, no para auxiliarlos en su último trance, sino para apoderarse de su alma.

Téngase presente que hablamos del siglo xiv.

Entraron, pues, las turbas en la casa del viejo usurero, y viendo al Santo arrodillado y orando por la salvacion del que

yacia muerto en la cama, le agarraron de un brazo, le atropellaron, gritando: ¡muera el extranjero! ¡Muera!

El Santo estaba tranquilo y sereno, y mostrando al desenfadado populacho el rostro del que acababa de espirar, lo hizo con tanta piedad y con tan resignada mirada, que parándose de repente aquellos caníbales, formaron corro, contemplando en medio, y llenos de admiración, al mismo hombre, cuya sangre quisieron verter. Oíase aun alguna que otra maldición, pero mezclada con un respeto que no sabían explicarse; de esta suerte acompañaron al Santo hasta el arrabal del pueblo, prohibiéndole que volviese á presentarse en él.

Caminó el Santo todo un día y una noche, al cabo de cuyo término cayó rendido de fatiga y de hambre y acometido de la peste. Hallábase en medio de una selva, donde con gran trabajo logró acercarse á un arroyuelo.

Aquí comienza la leyenda popular.

Así como Santa Genoveva de Brabante fué criada por una cierva, así San Roque fué alimentado milagrosamente por un perro que le llevaba de comer. Era el mismo perro del viejo usurero, á quien el Santo había ayudado á bien morir.

—Bonita es la historia esa, repuso el otro religioso, y ahora me permitireis que os refiera otra no menos interesante.

Presentóse en aquel momento Ruperto, el cual lo había estado oyendo todo, y como gustaba mucho de la buena conversacion, le dijo:

Algo mas raro que todo eso, les dijo, es una historia que ha pasado en nuestros días, y que forma, por cierto, un contraste bien extraño con el ilustrado reinado de nuestro gran rey el Sr. D. Carlos III.

—¿Quereis hablar del famoso contrabando introducido por la alcantarilla de San Francisco? dijo Mendoza tomando parte en la conversacion general y con la libertad que presta el aire del campo, donde se deponen todas las etiquetas y todos los engorrosos cumplidos de la córte.

—No, por cierto, dijo Ruperto; eso es poca cosa, comparado con lo que yo voy á decir.

—Pero ¿qué fué eso del contrabando? dijo con cierta curiosidad uno de los dominicos; y Mendoza, como para hacerse lugar entre aquella gente, cuya conversacion le habia agradado, tomó la palabra, y dijo:

—No es, en efecto, ninguna cosa maravillosa; pero, sin embargo, no deja de ser curiosa, por cuanto que prueba hasta dónde puede llegar el fanatismo de las gentes ignorantes. Es el caso que todas las noches se oian ruidos estrepitosos en la bóveda de San Francisco, juntamente en el sitio en que estaba enterrado el abate Manzanilla de Quiñones, ruidos que no cesaron hasta que los frailes le quitaron el hábito con unos gárfios, y cuya alma estaba destinada, segun decian, á padecer grandes tormentos, porque siendo un hombre poderoso, habia recibido un fuerte golpe en la cabeza, bajándose en una fiesta de córte á recoger ambicioso un boton de oro que se habia caido á un caballero de su rico chupin. Pero averiguado el caso, ni habia tales tormentos ni por qué asustarse de los restos mortales de aquel infeliz, que mas valiera le hubieran dejado en paz, en vez de despojarle de sus vestiduras con los dichosos gárfios: lo que sí existió en realidad fueron los ruidos nocturnos; pero fueron producidos por unos cuantos sugetos que uno á uno entraban contrabando por la alcantarilla de San Francisco, que cae debajo de la bóveda en que estaba el cuerpo de Quiñones; para llevar á efecto tan culpable proyecto, y mejor ahuyentar á los guardias que perseguian á los malhechores por aquellos subterráneos, idearon el introducirse un hombre en la piel de una ternera con buen acopio de contrabando, llevando pendiente un ovillo de hilo con dos ojos de cristal, iluminados por detrás con una luz: así es que, apenas se divisaba aquel mónstruo nocturno marchando pausadamente por entre las tinieblas, varios exorcistas que salieron con el hisopo, soltaron el calderillo muertos de miedo, y digeron que habian visto una legion de demonios con rabo y todo, hasta que enterado de todo el rey nuestro señor, dió orden de que los guardias se encargaran de descubrir la verdad, y estos lo hicieron haciendo una descarga sobre el duende supuesto, lo cual dió por resultado la averi-

guacion de la verdad, mas no por eso deja de haber personas que dan mas crédito á lo maravilloso y sobre natural, que á lo que á todas luces es racional y verídico. Ese es cuanto ha pasado en estos últimos dias referente al consabido contrabando: ahora que cuente el señor lo que iba á empezar cuando yo le interrumpí.

—Lo que yo iba á decir, dijo Ruperto, es que hace algunos años pasaba un guardia de la real persona por la calle del Caballero de Gracia, y habiéndose enamorado de una mujer muy hermosa que vió en un balcon, fué recibido y agasajado por ella con cuantos favores puede derramar la juventud y la hermosura, haciendo que nuestro militar pasase una noche, que fué una constante orgía. Pero al dia siguiente, que debía entrar de guardia, notando que se marchaba sin la cartuchera y el tahalí, volvió á la casa de la dama, y se encontró que la habitacion en que habia pasado tan deliciosos momentos, estaba desalquilada hacia mucho tiempo, segun le dijo el zapatero del portal que tenia las llaves del cuarto.

—Eso no puede ser, exclamó el mas jóven de los religiosos.

—Si tal, repuso el otro; lo que acaba de contar este señor, es la misma verdad, y eso que aun no lo ha contado todo.

—Si eso fuera cierto, habia que creer en brujas, dijo D. Diego.

—Pues repito que es la pura verdad, tan cierto como esa luz que nos alumbra.

—Acabará de contarle si me lo permitís, dijo Ruperto.

—Sí, repusieron todos, continuad.

—Pues bien; halló el hombre desmantelada la casa, húmeda del mucho tiempo que habia estado cerrada, y á pesar de todo su bandolera y su tahalí estaban colgados en un picaporte de la alcoba, como recordándole sus liviandades.

—Eso es un cuento y nada mas, dijo Mendoza.

—Tan no es cuento, repuso el fraile de mas edad, que teneis delante al guardia de Corps á quien todo eso sucedió.

—¡Cómo así! repuso el ventero lleno de alborozo. ¿Seriais vos, D. Luis de Sandoval?

—El mismo.

—Todo eso, dijo Mendoza, aunque envuelto en las sombras del misterio podria aun explicarse, habiéndoos equivocado de cuarto y habiéndose puesto la cartuchera y el tahalí en una alcoba parecida. Pero ¿y la dama?

—La dama desapareció, dijo el fraile.

—¿Para siempre?

—Para siempre, no; pues volvió á presentarse ante mis ojos de una manera aun mas misteriosa que antes.

Y dirigiéndose al ventero, le dijo:

—¿Cómo, pues, estais tan enterado de este asunto que hasta mi nombre sabeis?

—Estoy enterado, porque D. Lope de Luna, cuyos amores con Margarita de Castro, fueron harto ruidosos, me recomendó á S. M., y este me dió una plaza de ugier, proporcionándome esto la ocasion de conoceros y aun de oir algunos de vuestros descargos á S. M. Algun tiempo despues fuí despedido de la real servidumbre con otros compañeros míos, por cierto asuntillo, en el que dos inocentes pagamos por seis pecadores. ¿Os acordais cuando el rey os tuvo de rodillas un buen rato mientras os contaba cierto paso de Felipe II, con cierto estudiante enamorado de una tabernera?

—Sí, que me acuerdo; y desde entonces hice un exámen general de mi conciencia.

—No seria malo el exámen que hicisteis cuando á renglon seguido, si no me equivoco, tuvisteis la escena en el cementerio, robando de la tumba un cadáver.

—No hableis mas, dijo el fraile, estais equivocado; esa escena fué anterior á mi arrepentimiento.

—Callaré, puesto que así lo exigís.

—Pues si el señor os ha dicho que calleis, dijo Mendoza, á quien el nombre de Lope de Luna habia enfurecido, yo os mando hablar, no sobre el asunto del señor, sino sobre los nombres que acabais de pronunciar.

—¿Qué nombres?

—El de D. Lope de Luna y el de Margarita de Castro. ¿Qué sabeis de esos amores? ¡Hablad por Dios, hablad!

Y mirándose fijamente el fraile y Ruperto, el primero hizo comprender al segundo que debía callar, y dirigiéndose aquel á D. Diego, le dijo:

—Nadie mejor que yo podría instruiros en todos esos por menores; pero ni este es sitio para revelar los secretos de la tumba, ni yo lo haré sin saber antes quién sois.

—Soy el marido ultrajado; soy el hombre que no tiene tranquilidad desde que abrió un pliego que su mujer moribunda le dejó cerrado, con orden espresa de no abrirlo hasta pasado cierto plazo; soy el mortal escarnecido que no descansará hasta beber la sangre de cualquier amigo ó pariente que se atreva á defender la conducta infame de aquel vil seductor; el solo nombre de Luna, enciende mi cólera, y en mis ojos debeis haber comprendido el reconcentrado ódio que abrigo á la memoria de tan infame mortal.

—Segun veo, Margarita ha muerto.

—Sí; y por su conducta para conmigo, ocultándome su crimen, debe arder en los infiernos.

—¡Dios la tenga en su santa gloria! exclamó el fraile, y vos sois demasiado duro para con ella, harto desgraciada ya de por sí, sin que además ultrajeis sus cenizas.

—Cuidad, padre, que si proseguís defendiéndola, no sé si hallaré la fuerza suficiente para respetar vuestros hábitos.

—Los respetareis tan pronto como me oigais; pero estais acalorado, y repito que no es sitio para hablar de ese asunto. ¿Y el fruto de ese crimen, vive?

Quedósele fijo Mendoza, pues aquella imperturbabilidad le desarmaba y aterraba, y al ver lo bien enterado que estaba de todo, se convenció de que insultando y provocando al fraile, no era el mejor medio de conseguir lo que deseaba; así, pues, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y contestó con amabilidad.

—María es una linda moza, que ha crecido á mi lado, y siempre la he mirado como á mi otra hija.

—Desearia conocerla.

—Y yo tendré mucho gusto en que así sea.

Hallábanse en esto ambos antiguos militares, cuando de re-

rente vieron llegar, bañado en sudor, un campesino que, con toda prisa, preguntaba por Ruperto.

—Aquí estoy, contestó el ventero.

—Pues corred, por Dios, y venid á ver qué es lo que se puede hacer para salvar á una preciosa jóven que acaba de arrojarse al rio desde lo mas alto del puente roto.

Ruperto, filantrópico como todo hombre de grandes disposiciones, aun cuando no sea mas que por la vanidad de ser elegido entre sus asociados, corrió tras del campesino, y de allí á poco llegaron unos cuantos hombres que traian el cuerpo de la ahogada.

¡Era María!

Apenas se acercó Mendoza y reconoció á la niña, soltó un grito de dolor, y cayó desmayado, diciendo:

—¡Es María! ¡Dios ha querido castigar en ella el crimen de su madre!

Al oír aquello acudió presuroso el fraile á contemplar las facciones de aquella desgraciada, retratándole al vivo toda la fisonomía de Margarita, y trayendo á su imaginacion la muerte trágica de su padre; tomó el pulso de la ahogada, y llamando la atencion de Ruperto, le dijo:

—Esta niña vive, tomadla el pulso.

Hízolo así el ventero, y dijo:

—Pues no perdamos tiempo: coloquémola vientre arriba, y apretémola bien para que arroje una buena cantidad de agua por la boca.

Hiciéronlo así, y al cabo de algunos minutos, María abrió los ojos, pero su mirada era lánguida y estúpida; ocupada su imaginacion, al parecer, de una idea fija, hacia rodar sus ojos con aterradora pausa, como buscando entre todos aquellos miembros un objeto que no encontraba.

Mientras tanto, el acongojado Mendoza volvía en sí, merced á los cuidados que le prodigara el lego dominico; y apenas hubo podido reunir sus estraviadas ideas, se dirigió á donde estaba María, y vió con asombro que se habia salvado. Apenas ella divisó á su padre adoptivo, exclamó fuera de sí:

—¡Padre mio! ¿Vos aquí?

—¿Y Luisa? ¿Mi querida Luisa?

—Luisa está buena, contestó Mendoza; pero cuéntame lo que te ha sucedido, pues estoy impaciente por saberlo. ¿Ha sido casual, voluntario ó forzado este acto? ¿Cómo has salido de las aguas? ¿Quién pudo salvarte?

—La moda.

—¿Cómo así? No comprendo.

—El estilarse nuestros trajes tan huecos, fué causa de que resbalando yo en el puente, y cayendo al rio, no me fuese al fondo, y diese lugar á que viéndome estos aldeanos me socorrieran, y la mucha agua que he bebido ha sido por haber yo forcejeado, pugnando por salir de tan dificultoso trance.

—Veo, dijo el dominico al oido de Mendoza, que con el inesperado encuentro de esta niña, cuya voz y cuyo rostro son una copia exacta de su desgraciada madre, os habeis olvidado de lo que tanto os interesaba poco há.

—No lo creais, contestó Mendoza; y tan no es así que ardo en deseos de estar solo, de oir frases que sé han de quemar mis existencia y roer mis entrañas; pero no importa, la Providencia me ha deparado ocasion en que saborear toda la amargura de mi vida, y quiero apurar la copa hasta las heces; quiero sondear de un solo golpe de vista toda la inmensidad de mi desgracia, concertando al propio tiempo el mejor medio de disponer mi venganza.

Este hombre, dijo para sí el P. Luis, tiene una imaginacion volcánica, y en la que apenas se percibe la huella de los años, tan pausada y fria, tan desengañada é indiferente que suele asediarnos. Si diese con otro hombre tan exaltado como él, no seria difícil precipitarle y aun hacerle caer en el crimen; pero hé aquí una buena ocasion de ejercer mi sagrado ministerio, y lo ejerceré con toda la energía de mi razon, con la firme conviccion de obtener buen resultado. Estudiaré las inclinaciones de este hombre, que ya creo conocer algun tanto; halagaré sus sentidos; templaré su ardor y procuraré apartar de su imaginacion una idea de venganza que de seguro habrá de ser su per-

dicion. La reflexion es la verdadera balanza moral, y yo quiero hacer que este hombre reflexione, como único medio de proporcionarle su salvacion.

—Soy de opinion, dijo Ruperto, que esta jóven, por su estado delicado, debia ser conducida en una tartana á su casa, y cuidada como es debido.

Buscóse la tartana, y la enferma fué conducida á Robledo, donde Casilda y Gaspar, lo mismo que Luisa, se sorprendió al oír el relato de lo ocurrido: estrecháronse ambas hermanas afectuosamente, y habiendo ofrecido Mendoza su casa al Padre Luis, quien dijo haberse hallado en la venta con su compañero por haber ido unos dias al Escorial, prometió igualmente visitarle tan pronto como le fuese posible, añadiendo que habitaba en el convento de Atocha para todo cuanto pudiera ofrecérsele á D. Diego y á su familia.

La convalecencia de María fué corta, pues toda la familia la asistia con el mayor cariño, y el nuevo amigo de la casa, el ventero Ruperto; el nuevo esculapio de la familia, el reciente amigo, halló ocasion de lucirse acelerando la curacion de la enferma, de cuyo lecho no se separó ni un solo instante.

XVI.

MISTERIOS DEL CORAZON : EL TEMEROSO Y SU SACRILEGIO.

Nuestros lectores habrán comprendido sobradamente que el suceso narrado en el capítulo anterior, referente á la caída de María al rio, hubo de tener lugar algun tiempo antes, y que tal vez, sin la conferencia amorosa que hemos presenciado entre las dos niñas, acaso hubiera sido innecesaria su narracion; pero toda vez que Luisa fué bastante astuta para arrancar á la huérfana un secreto que yacia para siempre en su pecho, preciso fué que esta, por su parte, se mostrase tan expansiva y franca, y diese á conocer á su amiga todos los misterios de su corazon.

No há mucho que dejamos á ambas jóvenes camino de la iglesia, y aunque no escuchamos su conversacion, desde luego podemos apostar que seria una variacion, ó mejor dicho, variaciones sobre el mismo tema; pues sabido es que los amantes, así como las muchachas cuando se ocupan de sus amores, son incansables, y ni echan de ver lo mucho que repiten las mismas ideas y hasta las mismas palabras.

El capitán y su confidente Villadiego, que estaban acechando la salida de las niñas, aprovechando el primero el momento, y aproximándose á la reja que da al cuarto de labor de María,

saca una carta y la echa en el cesto de la costura que descubre sobre una silla muy cerca de la ventana.

—¿Qué haceis, por San Blas? dijo el asistente.

—Nada, contestó el capitán. ¡Cuán hermosa iba, Villadiego! ¡Cuán encantadora se presenta á mis ojos! ¡Qué bien la cae el manto! ¿No te sorprende su gracia y su donaire? ¿No te encanta el ver su talle?

—Nada de eso siento yo; pero no me maravilla que vos lo sintais, porque los enamorados, con los ojos tapados como el Dios que los inspira, solo ven visiones. Pero ¿qué veo? habeis echado una epístola amatoria en ese cesto de labor, sin saber si es el de María ó el de Luisa, puesto que ambas trabajan en este cuarto.

—Eso mismo he hecho.

—Pues larguémonos de aquí no sea que nos descubran y todo se eche á perder, y eso que hemos aprendido á jugar al escondite, que es un primor.

—Acércate, Villadiego.

—Dale: ¿no fuera mejor que nos fuésemos?

—Acércate, te digo, ó al llegar á casa te muelo el cuerpo á palos.

—No hareis tal, por mi vida, ó mejor dicho, no daré lugar á que os molesteis; pues no digo una, sino cien veces, haré lo que me mandais. Aquí estoy.

—Arrímate mas á la reja; así, como yo.

—Ya estoy aplastándome los juanetes contra estos malditos hierros.

—¿Qué observas?

—Observo un reloj de cuco colgado en la pared de en frente, una mesa con una imágen en una urna, varios libros en un armario con puertas de alambre, un bastidor de bordar, varias sillas.

—Eres muy bárbaro.

—¡Ah! se me olvidaba; y acaso por eso me habeis honrado con ese epíteto. Veo tambien un gato durmiendo sobre un sillón de alcornoque forrado de baqueta.

—No eres tú mal alcorcho forrado de bestialidad.

—Gracias, mi amo y señor; confieso, en efecto, que soy muy torpe, pues no veo nada mas.

—¡No veo, no veo!

—¿Y los demás sentidos, para qué te sirven?

—¿Los demás sentidos? toma: los demás sentidos me sirven para muchas cosas buenas que no son de este momento.

—¿Tan miope es tu vista que no te diviniza todos esos objetos que has nombrado? ¿Tan torpe tu olfato que no percibes el aroma que esa celestial criatura ha dejado en esta estancia? ¿Tan tardo tu oído que no distingues una música angelical?

—Maldito si veo, si huelo, ni oigo. Veo los trastos que ya he dicho; huelo mas bien á sopas de ajo, que á otra cosa, y oigo el ruido de un almirez que debe manejar alguna maritornes del cuarto principal.

—Eres un verdadero avestruz.

—Gracias; pero repito que nos marchemos, porque pueden atisbarnos; pero, á todo esto, ¿á qué altura estamos de favores?

—Escucha, Villadiego; el amor que siento hácia la hermosa María, no tiene igual, ni se parece al que los demás hombres pueden sentir; es un fuego devorador que abrasa mi alma, y al propio tiempo, es un néctar que embalsama todo mi ser. La sola idea de perder su amor, me desespera y me aflige, y la sola esperanza de conseguir la declaracion que hace tiempo apetezco, me sostiene y me alimenta. Lejos de María, no es posible la felicidad; todo es luto y lobreguez, desesperacion y muerte.

—Veo que aunque de vez en cuando me bautizais con nombres que no tengo, puesto que no los he recibido en la pila, habeis seguido mi consejo, y no puedo menos de felicitaros; pero lo que no apruebo es que la negativa que os hacen de una declaracion, os ponga de tan mal humor.

—Sí que me pone, Villadiego; siendo así que una sola palabra me haria feliz.

—¿Tan preciosa es para vos la espresion *yo os amo*?

—Esa espresion bastaria á tranquilizar mi espíritu, á reani-

mar mis esperanzas algo enflaquecidas ya con tan larga tardanza: y lo gracioso de todo esto es que en los ojos de María leo que me quiere... sí... lo leo... pero eso no me basta; necesito oirlo de su boca... de esa boca celestial. Ya ves, Villadiego, que no soy exigente, puesto que pido bien poco.

—Todos los amantes hacen lo mismo: juran y perjuran que solo quieren poquito... y al cabo de algun tiempo ¡Dios nos asista! Ya hace tiempo que tratais de investigar el corazon de esa huérfana, de penetrar en sus secretos; y ahora mismo acabais de confesar que lo habeis conseguido, puesto que sus ojos os lo han revelado. ¿Qué mas podeis apeteecer? ¿Creeis, por ventura que una declaracion mas ó menos podrá aumentar vuestros derechos á su corazon?

—Será todo lo que quieras; pero yo necesito de esa declaracion.

—En verdad que sois singular si los hay, porque al fin y al cabo habeis de saber que no hay cosa mas á propósito para alarmar á una mujer juiciosa, que esa terquedad con que los hombres en general exigen la declaracion que hoy se os niega. Yo creo que esa negativa es cien veces mas preciosa á los ojos de un hombre delicado, que la declaracion mas positiva y terminante. ¿Quereis conocer vuestros verdaderos intereses? Pues en vez de perseguir á una mujer sobre este punto, dedicaos, como os he dicho ya otras veces, á ocultar los progresos de su inclinacion. Haced que os ame antes que lo pueda advertir, antes de ponerla en la necesidad de declarárselo á sí misma. ¿Dónde hay situacion mas deliciosa que la de ver un corazon interesarse por vos sin percibirlo, encenderse por grados y acabar por enternecerse? ¡No hay mayor deleite que gozar en secreto de todos sus movimientos, dirigirlos, aumentarlos, apresurarlos, complacerse en la victoria antes de que la hermosura haya podido presumir que preparaban su derrota! Creedme, mi capitán; obrad para con la huerfanita ni mas ni menos como si hubierais logrado ya la declaracion á que dais tanta importancia. Verdad es que aun no os ha dicho *yo os amo*; pero el no haberlo dicho es porque os ama, en efecto, y en cambio habrá

hecho cuanto le haya sido posible para daros á conocer su amor. ¡Cuántas y cuántas no se entregan en los brazos de sus amantes sin haber llegado á pronunciar esa fatal palabra!

—¿Sabes, Villadiego, que estás inspirado, y que casi casi creo que tienes razon y que debo seguir tu consejo?

—Vaya si tengo razon, y me complazco en oirlo de vuestros lábios; y aun os diré mas: semejante declaracion suele ser en las mujeres dificil de pronunciar; desean, por lo menos, tanto como nosotros, manifestar esa inclinacion que con tanto afan procuramos descubrir; pero, ¿qué quieres? los hombres ingeniosos en crear obstáculos, hemos añadido la vergüenza á la confesion que ellas hicieran de su estado, y cualquiera que sea la idea que nos formemos de su modo de pensar, esa declaracion siempre es para las mujeres humillante, porque por poca que sea su esperiencia, no dejan de conocer todas sus consecuencias. El *yo te amo* no es en sí mismo criminal; pero sus resultados las asustan. ¿Cómo dejar de preveer los compromisos que esa palabra envuelve? ¿Cómo evitar la fuerza de su influencia? Pero á todo esto nada me habeis dicho del rival que últimamente se presentó en la palestra.

—Nada te he dicho, en efecto, porque todas mis sospechas han sido desvanecidas por boca del mismo sugeto; tuve una séria entrevista con él, y me confesó, bajo su palabra de honor, que sus miras iban dirigidas á Luisa, y no á María.

—Quiéralo Dios así: la palabra formal que ese hombre os ha dado, ha lisonjeado fácilmente vuestra vanidad. ¡Cómo me reiría yo si vuestra pretendida victoria se dirigiese á despacharos un dia vuestra licencia absoluta!

—No mortifiques mi corazon con tales suposiciones, y si ese hombre tuvo, en realidad, la osadía de dirigirse al objeto de mi amor, María, por su parte, le habrá rechazado con dignidad. Sí, estoy seguro de ello, estoy seguro de que María no quiere á nadie, mas que á mí.

—Todos decimos lo mismo; todos creemos que el sacrificio que se nos hace de un rival, supone nuestra superioridad sobre él, siendo así que las mas de las veces, el tal sacrificio es tan

solo el resultado de una astucia. Pocas veces sucede que un amante, sin mas mérito que su amor, pueda competir mucho tiempo en el corazon de las mujeres con un hombre distinguido por su rango, por sus criados, por sus posesiones y por su nacimiento. La medianía, en la fortuna de un amante, hace sonrojar á las mujeres, y si vacilan en proclamar su vencedor, en hacerse un deber de sacrificarle, solo las detiene la eleccion de los motivos que á ese acto las conducen, entre las muchas razones que para despedir le se le presentan.

—Tú hablas así, porque como solo te tratas con mujerzuelas de tres al cuarto, te se figura que todas son iguales, y confundes á un modelo de virtud y de inocencia, con esas desgraciadas que la sociedad rechaza, cuyo corazon de hielo, y cuya alma sin creencias, las conduce á un hospital.

—Todas son mujeres, mi capitan.

—Todas lo son, en efecto, pero se diferencian mucho.

—Dejémonos, mi capitan, decir coloquios, y larguémonos de aquí.

—Bueno, nos apartaremos; pero ocultos tras de esa esquina, aguardaremos á que vuelvan de la iglesia. Quizás vuelva ella sola como otras veces, y en ese caso quiero ser mas audaz, quiero entrar tras de ella en su casa, y ¡resulte lo que Dios quiera! Pero antes quiero volver á respirar el aire que ella ha respirado, contemplar estos objetos que tantas veces miró ella y tocó con sus alabastrinas manos.

—Mi capitan, cualquiera que os oiga que esté en antecedentes, os jugará un loco rematado.

—Y loco estoy, pero es de amor; ¡es locura que me encanta!

—Deciais, ahora poco, que la niña suele regresar sola del templo; pues bien, si es así, ¿por qué no habeis entrado antes en su casa y dado el ataque en regla?

—Porque no estaba la casa sola, como hoy lo está; recuerda que hemos dejado en la iglesia á Casilda y á Gaspar.

—Pero dices bien; ocultémonos por aquí, y veamos si viene sola ó acompañada; de todos modos, el mensaje ya está en camino, y poco hemos de vivir si no vemos su resultado.